

70.5
24 e
0.10



EDUCACIÓN

Nº 119

ÓRGANO DE LA AIVEDE

Asociación de Inspectores y Visitadores de
Escuelas y Directores Técnicos Especiales

SAN JOSÉ.

COSTA RICA

OCTUBRE

1 9 4 3

Imprenta Española

Sumario:

Titulo:	Autor	Pág.
IDEAS GENERALES DE EDUCACIÓN		
El mundo del niño y del adulto	Teresa de Granata	1
La Escuela Nueva (origenes y antecedentes)	María E. de Traverso	4
MATERIAL ESCOLAR		
Una Navidad Feliz (dramatización)	Antonio Arce Murillo	10
Avances de la ciencia en 1942	26
La Oveja y el Arte	Juri Semjonow	29
Por qué la Ropa nos conserva el calor ..	M. Ilin	32
Dime, Ovejita Negra (verso)	Anónimo	35
Repaso (verso)	M ^o L. Buendía	36
Hilandera (verso)	Luis Franco	37
El Lino	Juri Semjonow	38
Papel de trapos y de madera	M. Ilin	41
Maestros viejos y cosas viejas	Félix Mata Valle	44
Coto, Santuario nacional	Euclides Chacón	50
Don Santiago Fernández H.	Alfredo Fernández Y.	52
INFORMACIONES VARIAS		
Gestiones de la A. I. V. E. D. E. (1940-1943)	54

EDUCACIÓN

ÓRGANO DE LA ASOCIACIÓN DE INSPECTORES,
VISITADORES DE ESCUELAS Y DIRECTORES TÉCNICOS ESPECIALES.

Nº. 119

OCTUBRE DE 1943

TOMO XX

EL MUNDO DEL NIÑO Y DEL ADULTO

EN cierto congreso pedagógico, señalaba la Dra. María Montessori, al referirse a la misión del maestro, que el especial favor que el adulto podía prestar al niño era el de considerarlo desde un ángulo específico y privativo de su niñez intergiversable, es decir, desde el punto de vista de sus necesidades, apetencias y voliciones puramente infantiles, y no con el criterio determinativo del adulto, es decir, del niño ya organizado biológicamente. El niño nace y desenvuelve su personalidad perfectamente definida; crea y vive en su mundo de imágenes personales; se evade o se proyecta mediante el impulso de las mismas, se concentra en sus sueños, y es a través de ellos—sueños e imágenes—que logra organizar su rica individualidad infantil, muy distinta por cierto a la del adulto, como contrariamente aún opinan muchos educadores venerables.

Pero acáece, que merced a una absurda interpretación de lo que se entiende por enseñanza, el niño vive en una permanente inhibición de su magnífica personalidad; se halla torturado y oprimido por represiones y sojuzgamientos de toda índole, lo que le impide dar libre cauce a su yo, tan expresivo y plástico. Y he aquí el grave error del adulto, al pretender modelar al infante a su imagen y semejanza, desconociendo su típica, su insobornable personalidad, tan singular y característica.

La tarea del maestro es, en consecuencia, particularmente delicada. Sin el propósito de ser el clásico "dominador" que doblega voluntades a su antojo y torcer individualidades que él denomina "rebeldes", debe persuadirse de que el alma de un niño es un sagrario inviolable, que no sólo ha de respetar con sacrosanto fervor, sino estimular por todos los medios y propender a su integral desarrollo bio-psíquico. El niño y el adulto tienen órbitas precisas bien diferenciadas; misiones diferentes que ambos deben cumplir con armonía e interdependencia común, pero sin violencias ni "torceduras", que a la postre constituyen una anulación, cuando no una torturante mutilación. Y ello sucede, porque el adulto no ve en el niño a un ser con su modalidad temperamental propia, con individualidad personal y privativa, sino algo así como a un hombre en pequeño, de crecimiento retardado, de sensibilidad rudimentaria, al que hay que malear y torcer. Lecho de Procusto de arcaicas pedagogías, esas insanas concepciones van cediendo gradualmente su obstinación, su rencorosa obstinación, producto de sujetos negativos.

Y es muy cierto, como señala la ya citada Dra. Montessori, que los adultos no perciben en ese pequeño ser activo y espontáneo un fin en sí mismo, y tratan por todos los medios, so pretexto de un falso concepto de la educación, de poner obstáculos en su camino. "Estos obstáculos son de dos géneros: 1) Al niño, que necesita su propio medio, se le da solamente el del adulto, que es desproporcionado para él. Los adultos no pueden alegar que el medio más adecuado del niño es la escuela, donde todavía se le fuerza a mantenerse inmóvil, ni el hogar, donde continuamente se le está diciendo: "Vete, márchate, no toques, siéntate, etc." Este conflicto, añade, surge tanto en la casa como en la escuela, y con los maestros."

Es necesario recalcar bien el hecho—aunque suene a afirmación de Pero Grullo. Tanto el niño como el adulto misiones diametralmente opuestas que cumplir, misiones que a través de los modernos postulados de la pedagogía se complementan y fusionan.

El niño desenvuelve su vida interior, operando sobre sus imágenes internas, en tanto que el adulto plasma y modifica lo circundante, y he aquí la diferencia sustancial: El infante

trabaja por sí, para sí, exclusivamente, mientras que el adulto realiza su tarea merced a estímulos de orden externo—premios, recompensas, trabaja para los demás y logra que los demás trabajen para él. Vemos, pues, cómo este episodio de carácter social incide necesariamente a lo largo de toda la psico-pedagogía y le confiere un sentido diferencial y normativo.

Por otra parte, Freud ya ha señalado con acopio de datos, los caracteres determinativos de ambas etapas vitales: infancia y adultez. El niño posee lo que los modernos psicólogos llaman **caracteres psicológicos de defensa**: mentira, pereza, timidez, balbuceo, lo que les permite escapar de la corrección violenta de sus improvisados educadores, mientras que el adulto tiende a disminuir o enmascarar sus fallas, tratando de negarlas u ocultarlas ante su propia conciencia—cuando no a sublimarlas—. Y el conflicto comienza cuando el adulto presa de ira, inicia lo que él llama la corrección; entre ambos surge la guerra, una guerra solapada y obstinada, en la que el niño, necesariamente lleva siempre las de perder.

Teresa F. de Granata de Sacon Funes



LA ESCUELA NUEVA

Origen y Antecedentes

A escuela nueva es la última concepción de la pedagogía autónoma. Virtualmente ha surgido después de la guerra europea del año 1914. Por sus características podría sospecharse que se trata de un florecimiento espontáneo generado por la vida misma. Porque ha nacido dotada de una expresión funcional que se nutre en todas las fuentes vitales del ambiente donde se la cultiva. Los primeros intentos serios se realizan poco antes de 1920, en Europa y especialmente en Suiza, preocupando a los grandes maestros de la época. Pedro Bovet, director del Instituto Suizo denominado Rousseau y profesor de la Universidad de Ginebra, decía en 1919, en un profundo alegato de defensa de la nueva teoría pedagógica: "En la escuela que considera al niño como un órgano activo, todo ha cambiado."

Pero aún puede buscarse el origen de la nueva escuela en otras formas escolares a la proclamación de Bovet y ensayadas tímidamente en todos los Estados del mundo con características y denominación de **Escuelas de Trabajo**, que adquirieron aspectos típicos en la nación alemana. Escuelas donde se daba al niño oportunidad de trabajar con sus aptitudes y vocaciones personales, con su cuerpo y sus manos; esa fué, para decirlo con precisión, la ideogenésica de la escuela nueva.

Como pueden advertir la escuela nueva tiene un origen biológico. Su método es el de la vida, el de la naturaleza, como que las primeras formas de la educación humana, se realización en la acción del sujeto. La enseñanza verbalista surgió en la Edad Media, a pesar de que siglos antes, Sócrates había agitado su bandera para destruir los sofismas entronizados. Hacia los primeros albores del Renacimiento, la idea de volver a la escuela la manifestación de la vida, surge

en Lutero, Rabelais, Montaigne y otros que retoman la nueva concepción pedagógica para hacer presentir a los hombres la posibilidad de la reforma.

La estructura de esta orientación es tan antigua como la vida misma. Su organización, aplicabilidad y metodización, es lo que constituye desde hace alrededor de 20 años el interesante problema pedagógico actual. Los antecedentes históricos que abonan esta tendencia pedagógica de que se hablaba y exaltaba hace varios siglos, y que significaba la reacción contra la práctica artificial de sistemas pedagógicos medioevales, tuvo sus decididos partidarios en el renacimiento, que llevaron la crítica acerba al espíritu dogmático de la educación.

La renovación pedagógica que proclamaban los críticos de la Edad Media, llevaba encerrados en sí los principios democráticos de los tiempos contemporáneos. Las distintas modalidades y formas históricas que adoptó esa reacción pedagógica de la Edad Media, dice Carlos Octavio Bunge, pueden concretarse cronológicamente y sociológicamente en:

1º—Renacimiento Italiano que produjo nuevas prácticas pedagógicas.

2º—Renacimiento Francés, en el que pueden señalarse los más notables animadores de la época.

3º—Renacimiento Español, sin mayores gravitaciones en las orientaciones de la época.

4º—Renacimiento de los pueblos sajones.

En el siglo XVI, Cosme de Médicis, aquel príncipe de espíritu selecto y amplio, concebía para sus nietos la moderna enseñanza, a tal punto moderna que todavía la citan los publicistas como ejemplo.

A aquella época perteneció también un estudioso de las ciencias pedagógicas, el célebre Angel Politrassi, que definía así sus teorías educacionales:

“Feliz educación que no condena a sus pupilos a padecer sobre los libros y emborronar libracos interminables, sino que se pasaba entre animadas conversaciones entre los discípulos y los maestros, bajo la fresca sombra de los bordes de algún arroyuelo.”

Como ustedes ven, ya se insinuaba pues, la enseñanza amplia, natural, el principio sustentado hoy de libertad, ale-

jando al educando de toda traba, dejándolo librado al propio desarrollo de la naturaleza, bajo la vigilancia tolerante del maestro que observa, que corrige y que orienta.

En Francia, el país de las grandes concepciones ideológicas, sus hombres eminentes en la época del Renacimiento sostuvieron y defendieron con vehemencia los principios concretos y formales de una nueva educación. Erasmo, célebre filósofo, literato, a principios del 1400 fué quien por primera vez proclamó las nuevas teorías de la enseñanza y así decía:

“Hay que enseñar a los niños divirtiéndolos, prescindir de las disciplinas y los sangrientos azotes, excluir el formulismo vacío para observar la realidad, esto es, el mundo exterior.” Como vemos, preconiza con toda claridad la independencia del niño, sin dictaduras que no permitan las eclosiones de la naturaleza individual.

Es la aplicación práctica y efectiva de Sócrates que propendía a que “los espíritus descubran por sí mismos las verdades”. Es la misma tesis que más tarde concreta en principios básicos y categóricos Juan Jacobo Rousseau. Rabelais sigue las huellas de Erasmo con idéntico entusiasmo.

Los hombres de la época estaban ya empapados de las ideas de renovación y así vemos surgir la figura del ironista Montaigne que escribe en su obra “Ensayo”: “En lugar de atraer a los niños, —dice criticando la enseñanza dada en las escuelas—, no se les presentan en verdad más que horrores y crueldades. Nada hay a mi juicio que bastardee y aturda tanto a una naturaleza bien nacida, como la violencia y la fuerza. Esa policía de la mayor parte de nuestros colegas me ha disgustado siempre. Qué manera—agrega—de despertar en esas almas tiernas y tímidas el gusto por su lección llevándolos a ella con el látigo en la mano. Cuánto mejor estarían sus clases cubiertas de hojas y flores que de pedazos de varas ensangrentadas, y termina diciendo: “Mi alma fué educada con toda libertad y dulzura, sin rigor ni opresión..”

España, durante el Renacimiento tuvo en Vives y Sánchez sus dos más eminentes pedagogos. Hicieron suyo el principio de que el maestro estaba en la naturaleza, reconocieron con entusiasmo en la enseñanza, para descubrir la verdad de la deducción por la experiencia de los sentidos y

por la experimentación de la propia conciencia. Vemos cómo en todos estos hombres eminentes que singularizaban al través de tantos siglos una época histórica, por la amplitud del pensamiento y por la clara visión que tenían de la humanidad, los problemas de la educación apasionan la severa tranquilidad de sus espíritus, entregados a hondas y complejas meditaciones.

A fines del siglo XV y principios del XVI surge la figura de Lutero, que empleaba con incansable energía continuos llamamientos a los príncipes y a los clérigos, a las clases directoras en general, para que propagasen la enseñanza rudimentaria en las bajas clases. Sostiene que la educación es insuficiente. Hay que fundar escuelas y más escuelas, decía, pero no se contentaba con pedir la difusión de la instrucción, sino que también ataca los viejos métodos y sistemas proponiendo otros en su lugar.

Más de medio siglo después aparece Comenio, notable escritor de innumerables obras que preconizan el método intuitivo, la enseñanza infantil por imágenes. Afirma que no se puede dar ningún conocimiento más que por los sentidos; que es preciso partir de las cosas para después dar la palabra, es decir, ir de lo simple a lo complejo. Y dice: "¿Por qué, en vez de libros muertos, no abrimos el libro vivo, que es la Naturaleza?"

Juan Jacobo Rousseau, llena, diría así, con la concepción de sus doctrinas y la fuerza avasalladora de su pensamiento creador, el campo de las fecundas actividades intelectuales del siglo 17.

Este cristaliza, concreta los principios generalizados de la reforma que proclama como sistema social democrático determinante de la época la enseñanza primaria difundida en el seno del pueblo, sistema social democrático que recoge para darle efectividad la "Revolución Francesa en la enseñanza primaria, gratuita y obligatoria como un tributo y obligación del Estado." Todo sale perfecto de las manos del gran creador, decía, en las del hombre todo degenera; de ahí que afirmara: "La educación de la naturaleza es el desarrollo interno de nuestras facultades y de nuestros órganos, la de los hombres es el uso que éstos no enseñaban de aquel desarrollo; y lo que nuestra propia experiencia nos da a cono-

cer acerca de nuestros objetos, es la educación de las cosas". En "Emilio", su gran novela pedagógica publicada en 1762, dice: "Educar a todos los ciudadanos a fin de que sean aptos para gobernarse por medio de sus representantes. Implantación de la nueva escuela para conquistar después la democracia. Fué la fórmula del siglo de Rousseau.

Llegamos a la era del más genial de los pedagogos, a quien la historia de la enseñanza primaria universal consagra gloriosamente como el más alto y puro exponente de la virtud educativa. Sin el vuelo intelectual, quizá, de otros hombres, Pestalozzi, quien sigue marcando vuelos certeros a la educación elemental del mundo. Dejó para la posteridad como normas y como acción para la educación y para la enseñanza, sus postulados que son un sistema para la adquisición técnica, práctica intuitiva y gradual de los conocimientos primarios.

La educación dada por el sistema de Pestalozzi, difiere esencialmente de las educaciones ordinarias por sus principios fundamentales, por los caracteres distintivos que les son propios, por los medios especiales de que se sirve y por los resultados positivos que tiene que producir. Es libre y natural, deja al niño desenvolverse en libertad y forma rigurosamente su verdadera naturaleza. Es intuitiva y saca siempre partido de la acción primitiva de la inteligencia. Es positiva, pues reconoce en la naturaleza interior del hombre un germen fecundo que ha de desenvolverse por sí mismo. Es práctica y fundada en la misma experiencia, utiliza los medios y toca acertadamente los resortes que emplea en todas las circunstancias de la vida, en todo cuanto rodea al niño halla un motivo y su móvil para conducirlo a obrar, contribuyendo así al desarrollo de sus facultades.

Es, en una palabra, esta educación, viva y activa, porque las instrucciones todas son ejercicios y todo está fundado en la acción. Froebel, decidido y solidario defensor de los principios pestalozzianos, desarrolla una fecunda e intensa acción educacional. Como su gran maestro, aplica en la práctica el sistema intuitivo, iniciativa personal, ir de lo conocido a lo desconocido. El niño, dice Froebel, es una planta. La escuela un jardín y los maestros jardineros de los

niños; todo progreso debe venir de una acción voluntaria del niño.

Esta reseña histórica que he hecho, demuestra cómo en todos los tiempos, en todas las épocas, el ideal de una transformación fundamental y positiva en los sistemas y orientaciones de la educación, ardía en el alma de los más eminentes hombres de estudio.

El ideal de una escuela mejor, más humana, más en relación con la vida misma del educando abriendo en el aula cada día nuevos horizontes al aprendizaje, con un acervo de conocimientos adquiridos por asimilación espontánea y gradual. Es el principio pedagógico de la educación que ha permanecido latente, sin embargo, a través de los siglos, para ir surgiendo y acrecentando su impulso, a medida que la psicología iba revelando el maravilloso panorama del alma y del cerebro del niño.

Pienso y digo que el activismo escolar será dentro de algunos años, el credo de todos los educadores del mundo.

María Esther Adaglio de Atraverso

(De la revista de Educación de la Plata)



UNA NAVIDAD FELIZ

COMEDIA EN TRES ACTOS

Por Antonio Arce Murillo

PERSONAJES:

<i>Madre</i>	<i>Carmencita</i>	<i>Raúl</i>	<i>Hada</i>	<i>Duende Alegría</i>
<i>Duende Esperanza</i>	<i>Duende Sabiduría</i>	<i>Paje</i>	<i>San Nicolás</i>	

ACTO PRIMERO

Es una madre abnegada. Viuda. Muy pobre. Costurera. Vive con sus dos hijos en un mísero aposento. La hija menor, Carmencita, es una niña pálida y delgada. La palidez de su rostro revela las miserias que ha visto desfilar al través de su corta vida. Raúl, el otro hijo, es también pálido y flaco, vestido casi con harapos.

Es un 23 de Diciembre. En el aposento, la madre cose mientras sus hijos en el suelo se divierten en quién sabe qué juegos infantiles. Afuera, la necia lluvia caé copiosamente.

De pronto Raúl se levanta y dice a su madre:

R.—Mamá: imagínate que oí decir a Julio, el hijo del doctor vecino, que hoy es 23 de Diciembre y que faltan menos de dos días para que llegue el Niñito Dios. Dice que el Niño le traerá una bicicleta, un vestido nuevo y un lindo caballito. Pero no de los de palo, mamá, sino de los de verdad.

C.—A mí me contó una chiquita, aquella que pasa todas las mañanas muy bien vestida y que vive en la casa linda de la esquina, que el Niñito Dios le traerá una muñeca así de grande, casi de mi tamaño, que dice mamá y papá.

¿Es cierto, mamá, que el Niñito Dios quiere igual a todos los niños del mundo?

M.—Sí, hijita. El los quiere mucho. Y más cuando se portan bien con la mamá y con todas las personas.

R.—Entonces yo quiero que el Niñito me traiga, no una bicicleta como la que le pide Julio, sino un carrito con motor que tenga el techo rojo y las ruedas azules y que corra mucho por todos los caminos. Entonces iré a dejar en él los vestiditos que tú haces. Ah! Y le pondré a un lado una cajita para echar en ella el dinero que te pagan.

C.—Y yo le pido una muñeca igual de grande a la de la niña de la casa bonita. Pero que además de decir mamá y papá diga Carmencita. Porque yo seré como la mamá de esa muñeca.

M.—(Quejándose) Ay! Ay!

R.—¿Qué tienes mamá?

C.—(Asustada) ¿Qué te pasa?

M.—Nada, nada. Un poquillo cansada, nada más.

R.—No, mamá. Estás llorando. ¿Qué tienes? Hoy no has comido. El pan, la leche y todo lo repartiste entre Carmencita y yo. Nada dejaste para tí. ¿Estás débil, mamá?

M.—No, Raúl. Nada me sucede. Si lloro, es de la alegría que siento al pensar en lo felices que serán ustedes pasado mañana con todos los regalos que les traerá el Niño.

C.—Cuando una persona está alegre, siente ganas de llorar?

M.—Sí, Carmencita. Muchas veces se llora de alegría.

C.—No mamá. No ves que yo estoy feliz y no lloro?

M.—(Enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano) Sigamos pensando en el día del Niño. Verdad, Carmencita, que los días se hacen una eternidad cuando el corazón espera que llegue un día o un instante firmemente deseado?

C.—Sí. Para mí cada día es como un mes.

R.—Qué va! Cada día es tan grande como un año.

C.—Será cierto todo lo que me han contado mis amiguitas?

M.—(Sobresaltada) ¿Qué te han dicho? ¿Qué? Dime pronto.

No me hagas esperar tanto tiempo.

C.—Mamá: ¿Por qué estás tan asustada? Te has puesto pálida. Estás temblando.

M.—(Impaciente) Dime pronto lo que te han dicho.

- C.—Me dijeron que todos los años viene el Niñito Dios acompañado por San Nicolás, que es un señor con barbas largas y blancas como el algodón.
- R.—Sí. Con unas barbas suaves que le llegan hasta el estómago.
- C.—Y que cada uno de los dos compañeros traé un saco al hombro en el que tienen todos los regalos de todos los niños del mundo.
- M.—(Recobrando la serenidad) Sí niños, es cierto. Tan cierto como que tengo cinco dedos en cada mano.
- C.—Y en dos sacos caben los regalos de todos los chiquitos del mundo? Esa mentira no me la trago.
- M.—Eso también es cierto, Carmencita. El Niño Dios lo sabe todo y lo puede todo. El, y sólo El, puede hacer caber, no en un saco, sino en el puño de la mano, todas las cosas del mundo.
- R.—Hay algo más. Dicen que el Niñito y San Nicolás con los grandes sacos de regalos se meten por el huequito de la llave o por cualquier rendijita a todas las casas. Eso se me pone cuesta arriba!
- M.—Ya os lo dije antes. Nosotros no podemos comprender, y menos hacer eso. Pero el Niño sí.
- R.—(Exaltado) Qué feliz voy a ser con mi carrito nuevo paseando por todo el pueblo!
- C.—Y yo con mi muñeca grande. Ah! Se me había olvidado una cosa, mamá: pedirle un cochecito de mimbre pintado de celeste y con las ruedas plateadas. Yo tengo que pasear muy de mañanita a mi muñeca para que logre los rayos tibios del sol. Así como hace la señora rica con su chiquita de meses.
- R.—Yo te acompañaré en mi lindo carrito.
- C.—Iremos los dos por las calles gozando de lo lindo. ¿Qué digo? Los tres, porque la muñeca irá con nosotros, siempre que no esté dormida antes de salir.
- R.—Sentémonos en el suelo, Carmencita. Estoy cansado.
- C.—Yo también. (Se sienta con su hermano. Empiezan a jugar un juego raro. Luego se acuestan.)
- R.—¡Qué lindo que hoy fuera 24 de Diciembre!
- C.—Más lindo que fuera 25, porque tendríamos en nuestro poder todo lo que hemos deseado.

R.—Seré don Raúl para todos los niños del pueblo. Señor de respeto. Sí, señor de res-pe-to. Algo muy... (Queda dormido)

C.—Y yo con mi muñeca grande que diga ma-má; pa-pá, Car... (se duerme.)

M.—(Sigue cosiendo. Pasan unos instantes. Se levanta. Mira detenidamente a sus hijos. Luego habla con emoción).

El ángel del sueño ha venido a posarse en los párpados de mis ángeles. Pobres hijos míos que a duras penas pueden probar el sustento indispensable para no morir. Pobres, en verdad, mas ricos en ilusiones. La ilusión es la riqueza que Dios ha puesto en las manos de los niños pobres y en los corazones sedientos de amor y de cariño. La ilusión es un hada maravillosa que transforma todas nuestras quimeras y todos nuestros deseos en realidades dentro de nuestro propio espíritu. El ser lleno de ilusiones es como un jardín florecido en un alegre mes de mayo. Quien no alberga ni una ilusión en su alma, es como un desierto árido y sombrío.

Mirad mis niños. Son dichosos. Más, Ay!, mientras más felices son soñando en que sus deseos transformarán en bella realidad, más sangra mi corazón al saber que ni el alimento necesario puedo darles. La vida es cual es y no como deseo que fuera. ¡Y cuánto me esfuerzo por ellos! ¡Cuánto trabajo a pesar de que mis ojos casi ya no ven y de que mis manos se hacen cada vez más lentas!

Pero me resisto a creer que mis tiernas criaturas no vayan a recibir sus regalos de Noche Buena. A fuerza de querer a mis niños, mi alma se ha hecho infantil y cree ciegamente en que el Niño Dios existe y que año con año visita a todos los hogares con su fardo lleno de juguetes. El Niño Dios vendrá, no sé por dónde, a dejar a mis hijos muchos regalos. Creo firmemente en su existencia. En sus manos dejo este inmenso dolor de mi corazón. En su corazón deposito mi esperanza y en su alma las ilusiones de mis niños.

TELON

ACTO SEGUNDO

En un bosque fantástico: hay árboles enanos cargados de campánulas rojas y azules y entre ellos, arbustos hermosos, poblados de flores doradas. A los lados, helechos gigantes cuyas hojas son de plata. En el centro, una enorme piedra musgosa. Aparecen tres duendecillos: Duende Alegría, Duende Esperanza y Duende Sabiduría. Sus barbas son blancas, largas y finas. Sus vestidos: coquetos, un gorro frigio color escarlata; una chaquetita roja; calzones azul marino; medias blancas y largas, que pasan de la rodilla; zapatitos puntiagudos que hacen juego con la chaqueta.

Entran los tres duendes cogidos de la mano y danzan alrededor de la musgosa piedra cantando este cantar:

Somos duendecillos,
somos geniecillos
de la fantasía.
Somos los mimados,
somos adorados
por la niñería.

Todo lo sabemos,
todo lo podemos
con sólo desear.
Todo lo alegramos,
todo lo llenamos
con nuestro mirar.

Una vez terminada la canción conversan llenos de entusiasmo:

D.A.—Soy feliz. Completamente feliz. Por eso mi nombre es Duende Alegría. Nunca la tristeza, mi eterna enemiga, ha logrado vencerme. Menos lo podrá hoy, 24 de Diciembre, en que todo, hasta la Naturaleza misma, se desborda de felicidad.

Soy, de entre todos los habitantes de este País de la Fantasía, el que logrará vivir más tiempo. Algunos

pueden creerme viejo al ver mis barbas, pero mi alma es siempre joven y fresca como una niña de 15 años. Esta noche, amigos míos, debemos pensar en sólo cosas bellas y gozar la vida. Gocemos, pues.

D.E.—Estás equivocado. Soy más feliz que cualquiera de vosotros. Por algo me llaman el Duende Esperanza. Jamás estoy triste. Jamás impaciente. La tristeza nunca ha logrado anidar en mi alma porque tengo una fe inmensa en que han de realizarse todos mis deseos. La impaciencia jamás ha logrado dominarse porque creo que soy capaz de realizar todos mis sueños. Ah! Si todos fueran como yo, ¡qué difícil sería encontrar rostros tristes en el mundo! Viviré muchos años, porque el ser que no se abate por nada y ante nada y que al contrario, desea mucho tiempo para ver realizadas sus aspiraciones, nunca se hace viejo. Gocemos en esta Noche Buena. Hoy, más que nunca, debemos ser felices por completo. Hoy está el mundo de fiesta. Hasta el cielo se ha vestido de gala con su traje de estrellas.

D.S.—Me creéis menos que vosotros. Me imagináis incapaz de reír y de gozar y eso se debe a mi nombre. Me llamo el Duende Sabudiría. Pensáis que el hombre sabio jamás puede ser alegre. ¡Qué equivocados estáis! Dentro de mi alma la alegría brota como un manantial de agua fresca y cristalina.

Soy alegre porque lo sé todo. Por mi saber, ya lo habéis visto, soy el primero en todas partes: en medio de los príncipes, en compañía de las princesas, rodeado de los reyes.

Cuanto más sabe un hombre, es más feliz.

D.A.—¿Estáis seguro de lo último que has dicho?

D.S.—Completamente seguro.

D.E.—No lo creo y no lo creo.

D.S.—Creáis o no lo que digo, deseo derramar con vosotros en esta noche este inmenso torrente de alegría que me inunda. Este es el día más grandioso del año. El Niño Dios está en el cielo preparando su carruaje de estrellas para hacer su viaje a la tierra. Me parece oír en los campos las flautas de los zagales entonando dulces melodias y el suave cantar de los pastores.

- D.E.—Es cierto. Gocemos. La noche avanza y no hemos hecho más que hablar.
- D.S.—Tienes razón, aprovechemos esta noche. Decidamos pronto la mejor manera de divertirnos. No perdamos un momento. Que el tiempo es egoísta: cuando nos ve alegres, corre, vuela, y una noche se convierte en un instante.
- D.A.—Yo decido: vamos al baile que harán las Hadas en la Colina Azul. Son tan bellas como una rosa recién brotada y más delicadas que un rayo de luna. ¡Os aseguro que pasaremos un buen rato!
- D.E.—No. Es mejor ir a la gran fiesta que habrá en el palacio del rey. Recordad que sólo hace una fiesta al año y que por eso es siempre suntuosa.
- D.A.—Tienes razón. Iremos a ver a nuestro soberano, el Rey del País de la Fantasía.
- D.E.—(Dirigiéndose al Duende Alegría) Mira a nuestro compañero. Está triste. Parece que va a llorar.
- D.A.—(Al Duende Sabiduría) ¿No decías que la tristeza jamás te vence?
- D.E.—Estás triste. ¿Qué sucede?
- D.S.—No estoy triste. Estaba pensando... reflexionando... mirando.
- D.E.—Tú no estás pensativo, sino triste. Veo en tus pestañas balancearse finas lágrimas.
- D.A.—No decías que entre más sabe un hombre es más feliz?
- D.E.—Yo dije que no creía en eso.
- D.S.—Es cierto. Me equivoqué. La tristeza, como un pulpo oprime con sus muchos brazos mi alma. ¡Ah! En muchas ocasiones el que mucho sabe, mucho sufre.
- D.E.—¿Por qué?
- D.S.—Porque piensa en todo. Porque reflexiona en tanta miseria que hay en el mundo y trata de encontrar su escondite. Mientras hablábais llenos de felicidad, me puse a pensar si todas las criaturas de la tierra serían tan felices como vosotros.
- D.A.—¿Y qué has logrado comprobar?
- D.S.—Que en esta noche en que hasta la Naturaleza misma se desborda de felicidad, como hace un rato dijiste,

hay seres cuyos corazones sangran llenos de dolor y de angustia.

D.E.—¿Cómo lo has averiguado?

D.S.—He logrado construir a fuerza de estudio y constancia un lente mágico a través del cual puede verse todo lo uno quiere.

D.E.—Deseo verlo.

D.A.—Enséñamelo.

D.S.—Mirad. (Los tres se sitúan formando un círculo. Ven atentamente en el extraño objeto) Veo en él a una mujer muy pobre. Viste de luto. Lloro amargamente sentada en una cama. En el camastro, para ser más exacto, duermen dos niños.

D.E.—Es cierto! ¡Parece sufrir mucho! ¡Cómo está su rostro anegado por el llanto!

D.A.—En cambio, ved a los niños. Duermen con pasmosa felicidad. En sus rostros se dibuja una sonrisa. ¿En qué soñarán que tan alegres se ven sus caras?

D. E.—¿Por qué llora la madre? Decidnos, compañero Sabiduría. Tú, que sabes interpretar hasta las miradas y los gestos. Nada hay que escape a tu conocimiento.

D.S.—Los niños sonrían. Sueñan en que el Niño Dios llegará a dejarles muchos regalos. En cambio, la madre llora al saber que es difícil que el niño llegue en toda la noche.

D.E.—Sí llegará.

D.S.—¿Te atreves a contradecirme?

D.E.—Llegará. Lo aseguro. Dejará en las manos de esos pobres desventurados todo lo que han deseado. Nosotros nos encargaremos de ello.

D.A.—Sí, nosotros seremos los mensajeros del Niño Dios. No permitiré que en esta noche haya niños tristes. La tristeza se contagia, no quiero verme contagiado. Haremos felices a esos niños y a su pobre madre. ¡Qué alegres rostros veremos!

D.S.—Tienes razón. Hemos encontrado la forma más noble y bella de pasar esta Noche Buena. ¡No hay alegría mayor que la que se experimenta cuando hemos hecho un bien!

D.E.—No hay alegría mayor que la que sentimos cuando hemos dado alegría a los que están tristes!

D.A.—Vamos pronto a cumplir la misión que el destino nos ha encomendado.

D.S.—No perdamos un solo instante. Vamos, y que la felicidad reine esta noche en ese hogar miserable.

D.E.—Corramos! (salen).

T E L O N

ACTO TERCERO

El aposento de la madre viuda. En una cama desvencijada duermen los niños. Los tres duendecitos entran sigilosamente. Observan con curiosidad a los pequeños. Luego, cogidos de la mano, cantan su canción favorita:

Somos duendecillos,
somos geniecillos, etc.

Mientras los duendes cantan, la niña despierta. Los mira asustada. No se atreve a pronunciar palabra. Una vez que los extraños visitantes han terminado su canción, Carmenita habla. Su voz revela miedo mezclado con curiosidad y no poca alegría.

C.—(Moviendo fuertemente a su hermano) Despierta, Raúl. Mira que viejillos más raros se han metido a nuestra casa.

R.—(Despertando) ¿Qué es eso? Por dónde habrán entrado? Mamá puso esta noche, como lo hace siempre, el cerrojo a las puertas y ventanas.

C.—Raúl: Tengo miedo y no tengo.

R.—No te entiendo.

C.—Ni yo misma me explico lo que siento al verlos.

R.—(Observando detenidamente) Ah! Son unos enanitos. No les tengas miedo, hermanita. Son iguales a los dibujados en el libro de cuentos de mi maestra. Siempre pensé, mientras los contemplaba en el libro, que los enanitos existían. Y ahora veo que no está equivocado.

- C.—¿No estaremos soñando? Pellízcame para ver si estoy despierta.
- D.A.—(Acercándose) No, linda niñita. Estáis bien despiertos. Somos tres duendecitos. Pero no nos tengáis miedo.
- D.E.—Hemos venido a gozar con vosotros en esta noche.
- D.A.—¿Queréis que seamos buenos amigos?
- R.—¡De mil amores!
- C.—Yo también quiero ser vuestra amiga. Ya no siento miedo.
- D.S.—Nuestro deseo es el de que paséis unas horas felices. ¡Cuánto tiempo las habréis deseado!
- C.—Yo quiero gozar mucho, mucho. Tanto, que el recuerdo de estas horas felices dure todo un año.
- R.—Yo deseo que el recuerdo de esta noche perdure en mi memoria por toda la vida. Así será. Estoy seguro. La imagen de vosotros, simpáticos duendecitos, jamás se borrará de mi memoria.
- D.A.—Los instantes de felicidad jamás se borran, mis queridos amiguitos. Dios los pone en nuestro camino para mitigar pasadas tristezas y penalidades.
- D.E.—Juguemos, mis queridos niños, el juego de los duendes. Es divertido. Vosotros no lo conocéis. Pero estoy seguro de que os gustará y lo seguiréis jugando durante muchos años.
- D.A.—Sí, sí. Juguémoslo.
- C.—Estoy tan alegre que deseo jugar, cantar y bailar. Pero algo extraño me pasa. Hay algo que se empeña en estorbar mi alegría y no sé qué es.
- R.—Hermanita: lo mismo me sucede, pero yo sí se la causa. Tenemos hambre, mucha hambre.
- D.S.—Pobres niños! Tenéis razón. No puede haber alegría completa cuando el estómago está vacío.
- D.E.—Sea entonces esta la primera oportunidad para que empiece a ser realidad la alegría de esta noche.
- Los 3 duendes se agrupan. Algo se dicen al oído. Gesticulan graciosamente. Luego, a coro, exclaman:

Hada divina,
 rayo de oro,
 eres tesoro
 de luz y amor.

Hada Fortuna,
 ven presurosa
 con tu alma rosa
 a nuestro hogar.

Aparece el Hada Fortuna radiante de belleza y juventud. Sus vestidos son hermosísimos. Danza al compás de una música suave y lejana. En su mano derecha luce la plateada varita mágica, en cuyo extremo titila una estrella.

H.—Soy el Hada Fortuna. Mis vestidos han sido hechos por manos milagrosas con rayos de luna y sol. Mis vestidos son la imagen de mi corazón. Hay en él luz de luna para iluminar los senderos oscuros que se abren a la vista de los niños desamparados, y calor de sol para calentar sus deseos y hacerlos florecer en rosas de realidad.

Algunos me llaman el Hada Loca, tal vez con cierta razón. Hay en mí la locura de hacer el bien. Mis claras miradas están en todos los hogares pobres y mi corazón en el corazón de los niños que necesitan algo. Estaba con mis compañeras en el baile de la Colina Azul. Supe que me necesitábais y aquí estoy.

R.—Jamás habían visto mis ojos mujer más bella y hermosa.

C.—Nunca, ni en sueños, había contemplado tanta hermosura.

D.S.—Es bella en realidad el Hada Fortuna. Mirad sus ojos. Son azules como las aguas de un lago encantado y lanzan miradas que acarician y besan. Observad su boca. Es fina, suave y fresca como el pétalo de una flor. Bien revela su delicadeza que ha sido hecha para hacer brotar de ella sólo palabras llenas de dulzura y amor.

D.E.—Hada bella y hermosa. Te hemos llamado para...

H.—(Interrumpiendo) No me digáis. Os dije antes que mis miradas están siempre en los hogares desamparados. Hace días que vivo cerca del alma de estos niños y los conozco perfectamente. (Golpea tres veces con su varita).

Venir, mi paje azul, y traed los mejores manjares de mi despensa!

Paje.—(Entra vestido todo de azul. Trae en sus manos una bandeja repleta de manjares).

Mi dueña y señora: ¿Puedo entrar?

H.—Pasa.

Paje.—He escogido lo mejor de lo mejor para estos bellos niños. Es la primera vez que los veo y ya siento que son mis amigos de hace años.

H.—Pon la bandeja en ese cajoncito.

Paje.—Obedezco, bella y dulce dueña mía.

H.—Puedes retirarte.

Paje.—Bien, señora (sale).

H.—(A los niños) Comed y bebed hasta donde os plazca. Esta noche será para vosotros la más feliz de vuestra vida. Comed sin temor alguno. Quedan muchas horas por delante y debéis estar satisfechos para gozar de todas las sorpresas que os esperan.

C. y R.—(Dirigiéndose a la bandeja) Gracias, buena hada. Jamás os olvidaremos.

D.S.—(Dirigiéndose a los otros duendes) Miradlos. Están felices, pero no más que yo.

D.A.—Nunca había albergado mi pecho tanta felicidad como la de esta noche.

D.E.—Este es el instante más alegre de mi larga vida.

H.—Estaba escrito que debíais gozar mucho en esta Noche Buena.

D.S.—Sólo cuando vemos contentos a los otros podemos estar llenos de alegría.

C.—(Termina de comer. Se toca el estómago con ambas manos). Lástima. Todavía quedan muchas cosas ricas, pero ya no puedo más.

R.—Si pruebo otro bocado reviento como una pompa de jabón.

H.—¿Estáis entonces satisfechos?

R. y C.—Sí. Más de la cuenta.

H.—Venid entonces, mis buenos niños. Y vosotros también, duendecitos barbudos y graciosos. Debemos divertirnos a más no poder.

Los 3 D.—Sí. Divirtámonos bastante.

(La campana de la ermita da doce campanadas. Todos quedan en silencio, meditando cada uno en quién sabe qué cosas extrañas)

C.—Las doce de la noche!

- R.—Me han dicho que el Niño Dios y San Nicolás llegan a las doce en punto a dejar los regalos.
- C.—Oíd con atención. Oigo pasos lejanos... Se acercan... Se acercan.
(Entra San Nicolás. Camina con lentitud. Trae a su espalda un enorme saco lleno de juguetes)
- S.N.—Mis buenos amiguitos, ¿me conocéis?
- C.—Sí. Eres San Nicolás. Te he visto mucho en los cromos que tengo en mi caja.
- S.N.—Vengo muy cansado. Hace días que el Niñito Dios y yo yo salimos del cielo en nuestro carruaje de oro y de estrellas. Hemos caminado muchos miles de millas por entre nubes y tormentas. Dadme algo en qué sentarme.
- D.E.—Aquí tienes este cajoncito. Siéntate.
- S.N.—(Se sienta. Ve al hada en quien no había reparado antes). Mi buena amiga. Tú aquí? Hace un año nos encontramos en una choza pobre. ¿Te acuerdas?
- H.—Sí, San Nicolás. Parece que nos pusieramos de acuerdo para hacer nuestras visitas.
- S.N.—(Dirigiéndose a los duendecillos) A vosotros también os conozco. ¿Qué andáis haciendo?
- D.S.—Hemos venido a alegrar a estos niños.
- C.—¿Y dónde está el Niñito?
- S.N.—Como son tantos los niños de la tierra y tantos los regalos que hay que repartir. El se ha ido por un lado y yo por otro.
- R.—Lástima, yo tenía muchas ganas de conocerlo.
- S.N.—¿Pero te gustaría que dejáramos a muchos chiquitos sin regalos?
- R.—No, de ninguna manera. ¿Y nuestros regalos?
- S.N.—(Haciéndose el bravo) No seas impaciente que nada te voy a dar. ¿No quieres que descansen unos minutos?
- R.—Perdona, viejito. Es que tengo muchas ganas de verlos.
- S.N.—Bien. Ya voy a repartirlos. Tú habías pedido un carrito con motor.
- R.—Sí, sí.
- S.N.—(Saca de su saco un enorme envoltorio) Aquí lo tienes.
- R.—¡Qué feliz soy! El Niño Dios no se ha olvidado de mí. Jamás me olvidaré de él.

- R.—Me han dicho que el Niño Dios y San Nicolás llegan a las doce en punto a dejar los regalos.
- C.—Oíd con atención. Oigo pasos lejanos... Se acercan... Se acercan.
(Entra San Nicolás. Camina con lentitud. Trae a su espalda un enorme saco lleno de juguetes)
- S.N.—Mis buenos amiguitos, ¿me conocéis?
- C.—Sí. Eres San Nicolás. Te he visto mucho en los cromos que tengo en mi caja.
- S.N.—Vengo muy cansado. Hace días que el Niñito Dios y yo yo salimos del cielo en nuestro carruaje de oro y de estrellas. Hemos caminado muchos miles de millas por entre nubes y tormentas. Dadme algo en qué sentarme.
- D.E.—Aquí tienes este cajoncito. Siéntate.
- S.N.—(Se sienta. Ve al hada en quien no había reparado antes). Mi buena amiga. Tú aquí? Hace un año nos encontramos en una choza pobre. ¿Te acuerdas?
- H.—Sí, San Nicolás. Parece que nos pusiéramos de acuerdo para hacer nuestras visitas.
- S.N.—(Dirigiéndose a los duendecillos) A vosotros también os conozco. ¿Qué andáis haciendo?
- D.S.—Hemos venido a alegrar a estos niños.
- C.—¿Y dónde está el Niñito?
- S.N.—Como son tantos los niños de la tierra y tantos los regalos que hay que repartir. El se ha ido por un lado y yo por otro.
- R.—Lástima, yo tenía muchas ganas de conocerlo.
- S.N.—¿Pero te gustaría que dejáramos a muchos chiquitos sin regalos?
- R.—No, de ninguna manera. ¿Y nuestros regalos?
- S.N.—(Haciéndose el bravo) No seas impaciente que nada te voy a dar. ¿No quieres que descansen unos minutos?
- R.—Perdona, viejito. Es que tengo muchas ganas de verlos.
- S.N.—Bien. Ya voy a repartirlos. Tú habías pedido un carrito con motor.
- R.—Sí, sí.
- S.N.—(Saca de su saco un enorme envoltorio) Aquí lo tienes.
- R.—¡Qué feliz soy! El Niño Dios no se ha olvidado de mí. Jamás me olvidaré de él.

- C.—¿Y lo mío?
- S.N.—Ah! Se me había olvidado! Tú le habías pedido una hermosa muñeca. No es así?
- C.—Y un cochecito también.
- S.N.—Es cierto, casi me equivoco.
- C.—Dime una cosa: ¿Cómo no se te enredan tantos juguetes y cómo no te equivocas con tanto niño?
- S.N.—Es que nosotros llevamos en el cielo un enorme cuaderno. En cada hoja, que es como de mi tamaño, está escrito el nombre de cada chiquito de la tierra. Ahí apuntamos todo lo que nos han pedido.
- C.—¿Y cómo a Marta no le trajo el año pasado una muñeca grande que le pidió?
- S.N.—Se me había olvidado explicarte. En la misma hoja apuntamos todo lo bueno y lo malo que hacen los niños. Tal vez ella se portó muy mal con su mamá.
- C.—Bueno. No hablemos más. Quiero ver mis regalos.
- S.N.—(Extrae de su saco una lindísima muñeca) Aquí tienes tu deseada muñeca.
- C.—Es preciosa. Tal y como la había soñado tantas veces. Mira Raúl, se duerme como si fuera una niña de verdad. ¿Sabes, San Nicolás, qué nombre le voy a dar?
- S.N.—No me lo imagino.
- C.—Le pondré Nicolasa, para estar recordándote siempre.
- R.—(Con desprecio) ¡Qué nombre más feo!
- C.—(Brava) No es feo y no es feo. ¿Verdad, Hada Fortuna, que es un nombre lindo?
- H.—Sí linda, es un nombre precioso.
- C.—(A San Nicolás) ¿Y el carrito?
- S.N.—(Sale y entra luego con el coche) Aquí tienes el cochecito de tu muñeca.
- C.—(Coloca la muñeca dentro del coche. Luego la pasea por el escenario mientras habla consigo misma) Soy la niña más feliz de la tierra. Todo lo que he deseado se me ha hecho realidad.
- Los 3 D.—Y nosotros también estamos felices.
- S.N.—Bueno, amiguitos. Me marchó. Tengo todavía muchos hogares que visitar y no quiero ni debo esperar a que se levante el sol.

- R.—No te vayas, buen San Nicolás. Queremos que te quedes con nosotros toda la noche.
- S.N.—No, mi amigo. Hay muchos niños como vosotros que hace tiempo sueñan con sus juguetes y no quiero que sufran por mi tardanza. Adiós y hasta dentro de un año. (Sale).
- C.—Buen viaje, querido San Nicolás.
- H.—También yo me marchó. Espero que nos volvamos a encontrar. Sed siempre buenos, y la felicidad no se apartará de vuestro camino. Adiós y buena suerte. (Sale.)
- R. y C.—Adiós buena hada.
- D.E.—La bella Hada Fortuna os ha dado su presente. El buen San Nicolás os ha traído bellos regalos. Sólo nosotros nada os hemos dado.
- R.—No decís verdad. Nos habéis dado un rico presente. Habéis llenado de alegría nuestros corazones.
- D.A.—Eso es poco. Esperad. (Sale y vuelve con una caja en sus manos).
- C.—¿Qué es eso?
- R.—¿Para quién es?
- D.A.—Vedlo.
- C. y C.—(Abren la caja) ¡Es oro! ¡Es oro!
- D.S.—Oro es en verdad. Esé es nuestro presente. Ese cofrecito está lleno de monedas de oro y todas son vuestras
- C.—¿Todas? Pero son muchas. No sabríamos qué hacer con ellas.
- R.—Qué contenta se va a poner nuestra querida mamá!
- D.S.—Con todo ese oro podéis vivir felices. Pero pensad siempre en aquéllos que nada tienen y socorredlos. Que es más valioso el oro de la caridad que brota de los corazones bondadosos, que el que se acuña en unas cuantas monedas.
- D.E.—Recordad que debéis borrar el sufrimiento de los corazones angustiados.
- R.—¡Qué felices somos, Dios mío! Nuestras miradas estarán siempre, como las del Hada Fortuna, en los hogares pobres.
- C.—(Dirigiéndose a los duendes) Habéis robado todo nuestro cariño.

- D.S.—Con eso nos hacéis dichosos, porque sabemos que el que entra una vez en el corazón de un niño, pierde la salida y jamás vuelve a salir de él.
- D.A.—(Dirigiéndose a sus compañeros). Hemos cumplido nuestra misión. ¿Qué hacemos ahora aquí?
- C.—(A su hermanito) Tengo sueño, mucho sueño.
- D.E.—(A los otros duendes) Esperad.
- R.—Estoy cansado. Tanto me he divertido que casi no puedo sostenerme en pie. (Se dirige hacia la cama)
- C.—Estoy casi dormida. (Se dirige también hacia la cama. Una vez en ella se acuesta).
- D.S.—Descansad.
- D.E.—La noche agoniza y está a punto de nacer el día. El Dios del Sol está preparando su carruaje de oro para iniciar la carrera de un nuevo día.
- D.S.—(Señala a los niños) Mirad.
- D.A.—(Se acerca con sus compañeros a la cama) Están profundamente dormidos!
- D.E.—Marchemos. Nuestros corazones están llenos de felicidad. En ninguna otra parte la Noche Buena ha sido más feliz.
- Los 3.—Que Dios vele por estos tiernos niños. Que la felicidad sea en ellos inagotable como inagotables son las aguas del mar. (Salen.)

T E L O N

Fin de la Comedia

AVANCES DE LA CIENCIA EN 1942

“Sulfamilagros”

Su primer investigador, Domagk, en 1935 despertó gran interés por estos compuestos, lo cual promovió una serie de experiencias que condujeron a descubrimientos importantísimos. Su base o elemento central, la sulfanilamida, activa contra las enfermedades provocadas por el grupo de los cocos. Conjugada con bases diversas, produjo una serie de farmacopeas: Sulfapiridina, contra el pneumococo; Sulfatiazol, contra gérmenes piógenos; Sulfaguanidina, contra los gérmenes intestinales; Sulfadiazina, para usos semejantes a los de la sulfaguanidina, pero menos tóxica, y usada en las ulceraciones intestinales.

Estos preparados deben usarse con prudencia, toda vez que aún sus efectos, sea la farmacodinamia, necesita mucha exploración.

“Hemotrasfusor”

Aparato técnico para la trasfusión sanguínea, inventado por el médico mexicano Heliodoro González Maldonado. Fácil técnica que no necesita especialista y reduce al mínimo los riesgos. Beneficia en particular su práctica en la medicina rural y de guerra.

“Vitaminas”

Las avitaminosis nunca se dan puras, especialmente en las enfermedades por carencia de vitamina B. Ahora se prescriben complejos; así, la vitamina B lleva estos principales componentes: tiamina, ribioflavina, ácido peutonénico, pridoxina, ácido nicotínico y otros menos conocidos.

“Endocrinología”

Hay un compuesto hecho de un hormón gonodotropo, proveniente del lóbulo anterior de hipófisis, y el hormón luteinizante derivado de la orina gravídica. Sirve para el tratamiento de la esterilidad femenina.

“Cicatrices”

En las heridas, que presentan tejidos muertos, se hacen injertos de piel, para evitar las cicatrices.

“Astronomía”

En un trabajo internacional dirigido por Spencer Jones, astrónomo de la Real Academia de Londres, se ratificaron y rectificaron las cifras dadas en la apreciación de la distancia de la tierra al sol, con un error que apenas puede ser de 9.000 millas. Tales cifras se estiman actualmente en 93.003.000 millas.

En los primeros días de noviembre de 1942, Bernard H. Dawson, del Observatorio de la Universidad de la Plata (Argentina) descubrió una nueva estrella que se bautizó “Nova Pupis”.

Augusto Maupone la observó en México y dice: “Si trazamos una línea imaginaria que una las tres estrellas del Cinto en Sirio, la prolongación irá a pasar casi por encima de Nova, que es actualmente una estrella de segunda magnitud, de color oro pálido.

“Herencia”

El conjunto de caracteres hereditarios de que los padres son portadores, se llama genotipo, pero nada se sabe de él hasta que no se exterioriza en los descendientes; esta exteriorización se llama fenotipo. Waddington encuentra que hay una serie de relaciones entre ambos y a su conjunto propone denominarlo epigenotipo. Ha probado a su vez que el estudio profundo del epigenotipo, permite saber de antemano los caracteres probables del descendiente, cosa de suma importan-

cia en la prevención de las enfermedades llamadas hereditarias.

“La guerra”

La Física, la Mecánica y la Medicina, hacen grandes progresos día por día en los tiempos presentes, pero el secreto de guerra los tendrá ocultos mientras ésta dure; no podrán conocerse y aprovecharse en las actividades pacíficas del hombre hasta que termine esta lucha homicida.

“EL Detector”

No conocemos su descripción por ser un secreto de guerra, ni tampoco el nombre de su inventor, por la misma razón; pero sabemos que es un ojo mecánico que mira en la oscuridad y a la distancia, a centenares de millas: marca la dirección y la distancia de un aeroplano o un buque. De esta manera pueden ser fácilmente descubiertos, interceptados y atacados.

En el futuro su importancia consistirá en la seguridad de los que viajan.

Extracto de «SABER»

LA OVEJA Y EL ARTE

Por JURI SEMJONOW

El prototipo de la alfombra, la cubierta de fieltro, es conocida de todos los pueblos nómadas. El arte de la tapicería surgió de las tribus ambulantes de la altiplanicie centroasiática, tribu cuya errante existencia transcurría entre el Himalaya y el Cáucaso. De allí nos han llegado los primeros trabajos del género: eran alfombras trenzadas, suaves, lisas, sin flojel, conocidas con el nombre de "kelim". Mucho más tarde empezó la elaboración del "sumak", es decir de alfombras de superficie muelle y afelpada.

El arte de la confección de tapices tuvo gran esplendor en Persia y países vecinos aproximadamente a principios de nuestra Era, extendiéndose desde allí a todo el mundo turanio. Su período de apogeo estaba, sin embargo, reservado a los tiempos de la grandeza de los pueblos musulmanes. En la Edad Media los soberanos islamitas elevaron el arte del trenzado de tapices a la categoría de "manufactura noble", de modo idéntico a como se hizo con la fabricación de porcelana y de seda en tiempos de Luis XIV o Federico el Grande.

Todos los países de Oriente contrataron maestros persas para sus telares de alfombras. El sultán Akhbar, el conquistador de la India, fundó allí en el siglo XVI la industria de la fabricación de tapices.

Se comprende que en el Oriente la alfombra posea valor e importancia especiales. El piso desempeña allí función muy distinta de la que le es propia en Occidente. Nosotros nos limitamos a caminar sobre él, mientras que los orientales se acuestan y sientan en él.

El primordial mueblaje del oriental consistió en almohadones, solamente en almohadones, un producto de la cultura esteparia y desértica de pueblos que disponen de ove-

jas, pero que carecen en absoluto de bosques y de maderas. Todavía hoy los kirguises y beduínos viven sin muebles de madera; la alfombra les sirve de manta y de mantel, Todos los críticos momentos de la vida que nosotros pasamos en la cama, los orientales los pasan sobre sus alfombras; en ellas nacen y en ellas mueren; las extienden en el suelo para rezar sus oraciones; los días de gran solemnidad las cuelgan de las ventanas y con ellas cubren el pavimento de sus mezcuitas

La religión, la filosofía y la poesía de Oriente mohometano se hallan entrelazadas con sus alfombras. Cuando el gran conquistador Tamerlán celebró una conferencia con el gran poeta persa Hafis, pasó la noche sobre alfombras y almohadones, conversando acerca de poesía y otras cosas elevadas.

El trabajo, la técnica y el arte de la confección de alfombras desempeñan en la imaginación de los orientales un papel tan destacado, que la ilusión, común a todos los humanos, de la conquista del aire, dió origen en Oriente al cuento de la "alfombra voladora."

Lo que constituye la belleza de los tapices orientales es la rara delicadeza y solidez de sus colores. En la confección de los antiguos utilizáronse únicamente colorantes naturales como el índigo, la rubia, la cochinilla y acaso algunos otros cuya fórmula permaneció en secreto; su combinación daba tonalidades maravillosas.

Fueron las Cruzadas las que abrieron el camino de Europa a los tapices orientales. Los primeros que conocieron el arte del trenzado fueron naturalmente los españoles, por mediación de los árabes. España comenzó a elaborar tapices por cuenta propia en el siglo XIV, y Colbert, el ministro de Luis XIV que impulsó en Francia la industria de la seda, introdujo también en su país el arte de la confección de tapices, arte que pasó a Inglaterra y Bélgica en el transcurso de los siglos XVII y XVIII.

A fines del siglo XIX la elaboración mecánica de los tapices hizo grandes progresos en los Estados Unidos, donde esta manufactura había comenzado ya en el siglo XVIII. Uno de los padres de la constitución Americana, Alejandro Hamilton, propuso en el congreso el establecimiento de un

impuesto aduanero sobre tapices orientales, con el fin de proteger la industria nacional. Así fué como surgió en los Estados Unidos la fabricación de la tapicería, inspirándose sus técnicos en el modelo de Esmirna.

El "gobelino" europeo viene a formar contraste con el tapiz oriental. Trátase aquí del desenvolvimiento de un arte auténticamente europeo, a la altura del mejor asiático. El material básico del gobelino es el mismo: por regla general, la lana, como excepción, la seda. También el procedimiento técnico es el mismo que el del tapiz, pero con el dibujo y en la ornamentación del gobelino copia la fresca luz diurna del sol de Europa con la misma intensidad con que copia el tapiz la cálida tiniebla de la noche persa.

La confección de gobelinos fué al arte de la monarquía absoluta; los gobelinos no estaban al alcance de las posibilidades del ciudadano modesto, ya que costaban, según el tamaño y la calidad de 50 mil a 200 mil francos.

El nombre "gobelino" debe atribuirse a una casualidad. Proviene del nombre de una localidad en las cercanías de París llamada así por un tintorero de Reims que a mediados del siglo XV había fundado en ella una pequeña industria. Después de él se establecieron allí dos flamencos, llamados por el Rey Enrique II para la elaboración de tapices. A principios del siglo XVII empezó en la localidad la confección de "Gobelinos", en un taller particular que Colbert compró para el Estado, fundando en él la famosa Manufactura Real de muebles de la Corona.

